

EN OTRO TIEMPO EN EL MISMO LUGAR

Cerramos todos los casos.

Es nuestra política, santo y seña de *Enigma*.

Soy Victor Morales, director de *Enigma*, una revista del mundo esotérico. No va mal la cosa, pertenecemos a un poderoso grupo editorial y nos hemos hecho con los suficientes lectores como para garantizar su continuidad a medio plazo. *Enigma* tiene varias secciones: misterios clásicos, ufología, fenómenos paranormales, leyendas urbanas -todas ellas tratadas con rigor científico-, y un consultorio llamado “Dr Ghost desde el más acá” en donde la revista se despendola bastante; puro morbo, vamos. El Dr Ghost es Iván Sánchez, veinteañero y fanático del ocultismo. Buena mezcla. De hecho está como una puta cabra. El caso es que el consultorio tiene muchos seguidores, la mayoría más locos que él. Un día me pasó la carta de un hombre que había estado en dos sitios a la vez; el tipo se encontraba en una aldea del valle del Jubera en La Rioja comiendo migas de pastor a la misma hora en que se daba un baño en pelotas en una playa de Castedefells. Incluso aportaba pruebas: la factura de la comida y una denuncia por atentar contra la moral pública.

-La ubicuidad es un fenómeno bastante común –dijo Iván. Vio mi cara de extrañeza y prosiguió-. No te vacilo jefe, va en serio. Por lo general el que la tiene no recuerda el otro lugar donde ha estado y unir ambos sitios es prácticamente imposible, se debería dar una casualidad mayúscula. Una entre millones.

Unos días después, en la reunión anual que hacemos la promoción del 79 que estudió en los maristas, conté a mis antiguos condiscípulos algunos casos extraños que nos llegan a la revista, entre ellos el del tipo con el don de la ubicuidad.

-Para extraño –dijo con sorna mi colega Carlos Otero-, el de Jorge Yebra. Es el típico caso de transmutación en otro cuerpo. Está como un pincel el tío.

-No jodas que está aquí Jorge.

Me señaló un grupo detrás del mío. Lo localicé enseguida y nos dimos un buen abrazo. Jorge era mi mejor amigo en el colegio, un chico espabilado como pocos, ocurrente y gran deportista. Después seguimos en contacto hasta que todo se le torció, se casó de penalti con una chica que no quería, perdió a la niña que esperaban, se separó de mala manera, empezó a beber, lo echaron de un trabajo tras otro y el chaval lleno de vitalidad que conocí en maristas se convirtió en un alcohólico solitario y violento. Mala vida. El primer año que hicimos la cena de la promoción del 79 vino borracho ciego, el cabrón no paró de meterse con todos nosotros y sobre todo con nuestras mujeres. A pesar de que le aguantamos todo lo que se puede aguantar, por fin acabó a hostia limpia con los camareros del restaurante. Ya no volvió a las cenas. Hasta este año.

Me alegró saber que ahora vivía con una mujer maravillosa y de que tenían un chiquillo de pocos meses. Después de hablar de los viejos tiempos en que el padre Calvillo nos molía a palos, Jorge me dijo en un aparte que quería hablar conmigo de un asunto delicado. Quedamos para el día siguiente en una cafetería céntrica.

Por la mañana cuando llegué a la cafetería ya estaba él. Tomaba un batido de chocolate y sobre la mesa había un viejo cuaderno de tapa gris. Reconozco que temía que me pidiera algún favor.

-Mira Víctor –dijo al poco de sentarme-, vas a creer que estoy loco pero eres mi amigo y además trabajas en una revista que trata fenómenos paranormales. Bueno verás, ayer te oí contar un caso de un tipo que había estado en dos sitios a la vez.

-Decía tener el don de la ubicuidad. Se lo inventó, seguro –señalé.

-Víctor, yo sí que he estado en dos lugares diferentes al mismo tiempo –y se le vio que hacía un esfuerzo para que su voz sonara convincente-. Sólo recuerdo haber estado en uno de ellos, en el pueblo de mi abuelo, Valtajeros ¿Te acuerdas? Pues bien, en esas fechas también estaba en otro lugar que no conozco en absoluto. Esto lo demuestra.

Me tendió el cuaderno de tapa gris. En la primera hoja aparecían la fecha, 1980, y un título, “Vacaciones en Berindano”. Le dirigí una mirada interrogativa.

-Cuando murió mi madre hace dos años –continuó-, yo estaba hecho una ruina, ni siquiera acudí sobrio a su entierro. Me levantaba con la copa en la mano. Como necesitaba dinero me decidí a ir a la casa de mi madre y sacar sus pertenencias para ponerla en venta. Rebuscando en el sótano encontré la vieja caja metálica de Cola-Cao donde guardaba mis tesoros: canicas, el nº 1 del Jabato, una pluma de vencejo, mi piedra lisa de la suerte, un mádelman, un soldado de plomo, el reloj de pulsera de mi abuelo, una navaja multiusos, cromos y este cuaderno. Todo me era enormemente familiar menos el cuaderno. Lo abrí, la letra era mía pero no me sonaba de nada, yo jamás he escrito un diario –hizo una pausa para recalcar lo que dijo a continuación-. Ese año, en 1980 no estuve allí, palabra. Pasé el verano en Valtajeros como todos los años, en la casa de mi abuelo. Si que recuerdo que estuvimos a punto de ir a otro sitio porque el abuelo estaba delicado pero al final se puso bien y fuimos. Créeme. Lee el diario, haz favor, y en un par de días sigo con la historia.

Aquella noche lo leí. Estaba muy bien escrito recuerdo que Jorge siempre ganaba el concurso de poesía y relatos del colegio. Contaba día a día y de forma pormenorizada sus vacaciones en un pequeño pueblo de la sierra. La llegada, las tardes bochornosas de agosto bañándose en el río, la pandilla de chicos y chicas que formaron, el guateque en casa de Miguelín, las fiestas patronales; y a partir del décimo día, casi por completo, hablaba de Marga. Siempre Marga, sus primeras miradas, un baile en la verbena, los dos paseando por la mejana agarrados de

la mano, las horas hablando y riendo en un banco de la plaza, un atardecer lluvioso en una cabaña con goteras, aquel picnic en el viejo bosque de robles donde le dio el primer beso, las noches en vela pensando en ella. Era la pasión del primer amor, un amor de verano que acaba cuando te montas en el coche con tu familia y regresas a la ciudad.

Antes de dormirme recordé que por aquellos años yo era el mejor amigo de Jorge y los dos nos contábamos todo. Nunca le había oído pronunciar el nombre de Marga.

Quedamos para comer el martes en un restaurante cerca de la redacción.

-¿Lo has leído? –me preguntó Jorge.

-Claro. Verás...Que no lo recuerdes no significa necesariamente que...

-Víctor –me cortó con determinación pero sin atisbo de enfado-. Ya sé que he estado años borracho la mayor parte del día. De aquello apenas recuerdo cosas y las que recuerdo son confusas, pero esto es distinto, aquí no hay lagunas mentales, yo no estuve allí y sin embargo escribí un diario. Entonces no bebía, ¡Joder, tenía diecisiete años!

Asentí haciendo un gesto de comprensión. Luego le dije que continuara la historia. Acabábamos de tomar el café, Jorge respiró hondo, le costaba hablar de aquello o supongo que temía que me burlara de él. Me miré el reloj, eran las cuatro cuando se puso a hablar, cuando terminó había pasado una hora durante la cual no le había interrumpido ni una sola vez.

Después de encontrar el diario en casa de su madre, Jorge siguió con su rutina, es decir, beber hasta caer inconsciente en cualquier lugar. Un día de esos se quedó dormido en un banco del parque a tres grados bajo cero. Se despertó varios días después en un hospital. Había estado en un tris de palmarla. Allí pasó un infierno por el síndrome de abstinencia. Se volvía loco. Pero entre crisis y paranoias la ausencia de alcohol le daba algún momento de lucidez. Por primera vez en mucho tiempo su cerebro embotado se desperezaba para pensar. Y llegó a una conclusión,

angustiosa, eso sí. Cuando saldría de allí volvería a beber hasta que su cuerpo dijera basta, *sefiní*, *aurrevoir*, caput, muerto soy. Era así de sencillo. Aunque también se hizo una última y desesperada promesa, antes de reventar el hígado iría al pueblo que aparecía en el diario. A Berindano, o como coño se llamara aquel lugar.

Cuando salió del hospital le temblaba todo el cuerpo, era un temblorillo como de tener frío y fiebre. Además estaba en los huesos. Pasó por delante de un bar y se detuvo, pensó en la promesa -que le den por culo se dijo-, había hecho tantas promesas que luego no había cumplido que una más no tenía importancia. Además un vaso de Güisqui le quitaría los malditos temblores. Entró en el bar y pidió uno doble. El camarero estaba vertiendo el líquido sobre el hielo cuando salió el dueño y vio a Jorge. Empezó a gritar quitándole el vaso de los mismos labios.

-Fuera –chilló el dueño-. Este borracho de mierda me destrozó el bar hace un par de meses.

Lo echó del local a empujones. Tirado sobre la acera, mi amigo aceptó por fin que el destino le obligaba a cumplir su última promesa.

Cogió el Ford Escort de su madre y salió para Berindano. Cuatro horas después llegaba a un pueblo perdido en una sierra del interior. Desde luego no le sonaba de nada. Era un frío domingo de principios de febrero y las calles estaban desiertas. En la plaza encontró el único bar del pueblo. Bar y pensión Delicias. Al entrar le recibió un ambiente cálido cargado de humo. Media docena de mesas estaban llenas de personas que jugaban a las cartas o charlaban con una copa encima de la mesa. Los parroquianos se volvieron a mirarle, ver forasteros no debía ser habitual por allí. La barra estaba vacía, al fondo tras una cortina de tiras de plástico distinguió a una mujer mirando la televisión. Jorge intentó hacerse notar pegando con las llaves del coche en el mármol de la barra. Por fin la mujer se desperezó y salió en bata acolchada con cara de pocos amigos.

-Que desea –le preguntó secamente.

Jorge se miró las manos, seguían temblándole. Estuvo a punto de pedir una copa cuando alguien se dirigió a él.

-¿Eres Jorge?

Se volvió. De una de las mesas se levantó un hombre de unos cuarenta años. Iba con un chándal del Barca y tenía el pelo entrecano. Asintió con un leve gesto de cabeza.

-Joder. ¡Cuántos años han pasado! Veinte, veinticinco. ¿No te acuerdas de mí? Soy Miguelín.

Por unos instantes Jorge se quedó perplejo, como si estuviera en mitad de una pesadilla, o en uno de los ataques de ansiedad que le daban en el hospital y que le impedían coordinar aquellos frágiles pensamientos que relampagueaban por su cabeza. Por fin reaccionó. ¡El diario! Lo había leído un montón de veces.

-Claro que sí –dijo con una seguridad que le sorprendió-. Hicimos un guateque en tu casa y también recuerdo que tenías una Derby Diablo de 49 trucada a 75.

Miguelín sonrió satisfecho. Llamó a varios de los hombres que habían interrumpido la partida y los observaban. De todos y cada uno pudo Jorge decir algo.

-...Tú tenías un hermano que casi se ahoga en el río... a ti te mandaba tu tía a repartir la leche... tu jugabas de portero y te gustaba Iríbar.

Hasta la dueña del bar resultó conocida.

-O sea que usted es Aquilina, recuerdo que tenía un perro que se llamaba Toby.

La mujer sonrió por fin y hasta le dio un beso en la mejilla.

-El pequeño Jorgito ¿Qué vas a tomar? Paga la casa.

-Un café cortado.

Y Jorge notó que ya no le temblaban las manos.

Aquella noche la iba a pasar en la pensión. Miguelín se quedó con él hasta bien entrada la noche. Cuando su amigo ya se marchaba, se detuvo, pareció dudar y por fin se volvió.

-¿Vas a tener cojones de no preguntarme por la Marga?

A Jorge aquello volvió a pillarle desprevenido. Había pasado un día magnífico, surrealista sí, pero magnífico al fin y al cabo, que para un hombre que no espera nada de la vida es lo que cuenta. Mañana se iría temprano para no tentar demasiado a la suerte, luego, volvería de vez en cuando al único sitio en el mundo que no le cerraban las puertas, ni huían de él como de la peste y charlaría con aquellos amigos que conoció en un diario escrito, curiosamente, por él. Algo le decía que en ese instante estaba a punto de estropearse y que el agradable sueño iba a convertirse en pesadilla. En otra terrible pesadilla más, como aquellas que le asaltaban en el hospital.

-¿Se ha casado? –murmuró Jorge sin saber muy bien que decir.

La boca de Miguelín esbozó una sonrisa maliciosa.

-No, sigue soltera. Es la gerente de la escayolera. Hazle una visita.

Aquella noche Jorge durmió bien, soñó que estaba dentro de un sueño.

El lunes amaneció con niebla, así que Jorge no emprendió el regreso a casa tan pronto como hubiera deseado. Desayunó en el bar con Aquilina haciéndole compañía y esperó a que levantara la niebla leyendo el periódico. A las once miró el reloj, echó un vistazo al exterior y se decidió.

-¿Dónde está la escayolera?

La fábrica de escayolas de Berindano no era nada del otro jueves aunque según un joven bastante chuletilla que le recibió y que resultó ser hijo del dueño, eran líderes en el sector. El chico daba órdenes a todo el mundo que pasaba cerca de él sin ningún resultado.

-Ahora mando a buscar a Marga –dijo-. ¿De parte?

-Dígale que le invitan a un picnic en el viejo bosque de robles.

-¿Picnic? Ah sí, ya se lo que es. ¿Con el frío que hace?

Mandó a uno y a otro pero nadie le obedeció, así que fue él mismo refunfuñando.

Jorge se quedó en el patio mirando en dirección a las oficinas. Vio a varias personas asomarse con curiosidad por una ventana. Luego una mujer -supuso que Marga-, salió a la campa. Nunca la había visto y se la había figurado como una hermosa joven de ojos inquietos y sonrisa amplia. La mujer que venía hacia él ya no era joven, su mirada era dura y en su boca no había ni un pequeño amago de sonrisa. Pero era guapa, una gélida belleza en un pueblo de mala muerte, haciendo albaranes junto a un radiador de aceite para una escayolera que se caía a pedazos.

-Vaya –dijo con frialdad-, el chico de ciudad que se tragó la tierra.

-Yo...

-No digas nada. No hay excusa en el mundo que sirva para borrar veintidós años de olvido.

Sin dar más explicaciones se dio media vuelta y se fue.

Aquello hizo que la magia de aquel lugar desapareciera. Todo lo bueno que había sucedido en las últimas horas se esfumaba de repente. Mientras cruzaba la campa, Jorge decidió que era hora de tomar partido. ¿Por qué renunciar a algo hermoso así como así? ¿Y si su maldita vida había sido en realidad un mal sueño? Por eso fue una suerte que al montarse en el coche se fijara en el diario y al instante le viniera una idea. Buscó en la guantera el informe médico en donde aparecía la palabra “alcohólico” en mayúsculas y luego escribió en una hoja “*Te vale esta excusa. Hace veintidós años que dejé de vivir*”. Metió el informe y la nota dentro del diario y le pidió al hijo del dueño que se lo diera a Marga.

-¡Con el trabajo que tengo! –refunfuñó una vez más.

Jorge lo vio encaminarse de nuevo hacia las oficinas y él regresó a la pensión.

Hasta mediodía la niebla no levantó. Jorge estaba despidiéndose de Aquilina cuando Marga entró por la puerta. Llevaba el pelo recogido en una coleta, vaqueros y un polar color verde.

-Abrígate que nos vamos de picnic.

Se montaron en un Nissan Terrano del mismo color que el polar en metalizado, dentro había una cesta tapada con una servilleta de cuadros rojos y de la cual salía un agradable olor a jamón y a tortilla recién hecha.

Los dos se miraron. Ella, la mujer de hielo, tenía ahora una amplia sonrisa.

Lo que viene luego no es difícil de adivinar. Viven juntos, han tenido un chiquillo y todo les va bien. Sí, de veras. Mejor que cualquiera de nosotros, los de la ilustre promoción de maristas del 79. Supongo que quizás sea porque lo han tenido más complicado. Complicado en este caso no deja de ser un eufemismo. En fin. Jorge trabaja duro en la escayolera y a la hora del almuerzo se queda mirando la ventana de la oficina esperando a que Marga se asome con su sonrisa luminosa. Como todos los días.

La historia de mi amigo Jorge Yebra es increíble, como lo es también que alguien ponga una bomba en el metro a una hora punta, que un padre abuse de su propia hija o que una ola gigantesca arrase varios países. Pero pasan. No tienen demasiada explicación, suceden y punto. Entonces un lumbreras piensa que hay que buscar sentido a lo que no tiene. Aquí entramos los periodistas. Llámenlo deber, profesionalidad, revolver la mierda o ganas de joder la manta.

Sí, ganas de joder la manta. ¿Por qué sino se me ocurrió escribir a un tío de Jorge que vivía en Valtajeros solicitando información sobre si su sobrino estuvo allí en 1980? ¿Eh? ¿Acaso no está bien lo que bien acaba? Pero esta vez no la iba a cagar, así que cuando el Dr Ghost irrumpió eufórico en mi despacho llevando una carta sin abrir con remite de un tal Vicente Yebra, de Valtajeros provincia de Soria, le hice un gesto con las manos pidiéndole calma. Necesitaba un minuto de reflexión. A solas. A pesar de que Iván está bastante loco, se puede confiar en él. Dejó la carta sobre la mesa y salió del despacho en silencio respetando mi decisión.

Pasó el minuto.

Cogí la carta sin abrir y la metí en la trituradora de papel.

Caso cerrado.

FIN

ARMANDO RUIZ CHOCARRO

1° PREMIO III CERTAMEN DE CUENTOS VILLA DE CARCAR 2006